Semblanza de Jairo Alarcón

Era difícil que pasara desapercibida esa figura más bien delgada de cabeza grande y redonda que caminaba por los pasillos o la plazoleta de la Universidad a paso largo, las manos entrelazadas atrás y la mirada al piso. Sobre todo, porque de repente se detenía, levantaba su mirada al frente con sus sobresalientes anteojos y ponía su mano derecha sobre el rostro con el índice apuntando hacia arriba. Como si una idea que venía mascullando hacía rato se hubiera concretado y asaltado de repente. Luego de unos segundos, entrelazaba de nuevo sus manos y continuaba su camino. Ese era Jairo Alarcón. Su actitud le daba cierto aire de misterio, de que por su cabeza continuamente las ideas se iban acomodando y desacomodando de acuerdo a las circunstancias de la vida. Porque sin duda era un hombre profundo. No era propenso a adquirir objetos lujosos y su vestuario no tenía las pompas de las marquillas, ni se le conoció una camiseta de un equipo de fútbol. “No soy parcial, ni banderizo”, dijo alguna vez, aunque esto no era del todo cierto, porque era común verlo con una variedad de camisetas con un escudo en el corazón, el de la Universidad de Antioquia. Porque a ella si le era fiel como el mejor hincha, a tal punto que cuando estaba en el período de vacaciones, le hacía falta asistir a las clases, recorrer sus pasillos, encerrarse en la oficina a estudiar los libros que iba subrayando, ir a las reuniones cotidianas y conversar con la gente. Esa simplicidad en su vestuario indicaba que era seguro de sí mismo. De lo que era y lo que sabía. Sabiduría que compartía sin empacho con los cercanos. Obviamente, primero con sus alumnos, pero, también, con los que participamos de los momentos de su cotidianidad en un restaurante o en un café. Porque era un hombre convencido del encuentro con el otro, de la conversación larga y frente a frente. Sin apuros, porque le gustaba dedicarles tiempo a sus amigos. De las reuniones en grupo para celebrar un acontecimiento o romper el tedio de un fin de semana a las que les impregnaba un gran un humor. En muchas ocasiones riéndose de él mismo. “Esto es un ratico”, decía, convencido de que la postergación de los momentos en conjunto es la mejor forma de evadir la inminencia de nuestra finitud.

Sus conocimientos, producto de muchas lecturas y la detenida observación del comportamiento humano, los aplicaba a la vida diaria, al análisis de la ciudad y del país, porque siempre estaba reflexionando sobre lo que nos acaecía en la actualidad; pero, sobre todo, los ponía en práctica en él mismo y los expresaba de una forma sencilla sin necesidad de utilizar una terminología rimbombante. Su lema era ser consecuente con lo se dice. Por eso, le molestaba las personas que predicaban ideas formidables y luego actuaban de modo contrario. De ahí que su amigo Asdrúbal Valencia lo llamara: “el filósofo de la vida cotidiana”. Esa idea de ser consecuente lo llevaba a que fuera fiel a sus compromisos. Primero estaban sus responsabilidades académicas y su palabra empeñada. Porque una cosa era segura: se podía contar con Jairo. Y no solo para cumplir las tareas impuestas por el deber, sino en los momentos que se requería una mano solidaría, llevada a veces al extremo, cuando encontraba a alguien a quién lo apremiaba una necesidad económica.

Su espíritu solidario y el convencimiento de que la esperanza del país está en la educación y la cultura, lo llevaron a que iniciara y/o liderada muchos proyectos académicos y culturales. Si bien, unos truncos, como nuestra revista *Clave literaria*, -no en todo se puede acertar- hay otros que tuvieron larga vida o todavía están vigentes como los realizados en el Instituto de Filosofía, El Departamento de Publicaciones, la Emisora de la Universidad o en la Academia Colombiana del Tango. Porque siempre estaba pensando en un proyecto o una actividad cultural en lo referente a sus pasiones: la filosofía, la literatura y la música, sobre todo el tango. Sentados en un establecimiento público planeamos y diseñamos muchas de las actividades que se llevaron a cabo, porque no las consideraba como una carga académica, sino como parte de sus pasatiempos. Porque esa era su forma de entretenerse: pensar, idear, construir, a la vez que compartía un café o un trago de licor.

Este fue el legado que nos dejó Jairo Alarcón: una amistad incondicional, solidaridad, un gran humor, apuesta a la construcción y divulgación cultural y sabiduría para afrontar y darles sentido a las limitaciones de la existencia.

Absalón Palma, 11 de julio de 2018.